

Versiones de un primer encuentro

ZAIDA CAPOTE CRUZ

La primera novela del mexicano Julián Meza, *La huella del conejo*,¹ exige una suerte de lectura a contrapelo, bastante incómoda para quien espera encontrar en ella las constantes discursivas de la narrativa hispanoamericana cuestionadora de la conquista. Finalmente, el lector aprende a apreciar en esa escritura áspera, casi periodística y aparentemente desasosada, los signos de una manera especial de abordar el asunto.

Se ha dicho que esta novela es la perversión de la historia;² pero más que eso, lo que intenta es dar testimonio de esa continuada perversión a que ha sido sometida la historia de América. Meza hace constar, mediante un narrador impersonal y apócrifo, las múltiples deformaciones de la historia real que es, al mismo tiempo, imaginaria. Ahí está su primer desafío al discurso que hasta ahora ha definido la conquista como hecho fundador de la historia continental. El trabajo de creación verbal es desmesurado. Con un lenguaje pleno de alusiones a personajes del pasado y el presente, la historia se introduce sabiamente en el saludable laberinto de la ironía.

Al discurso histórico edificante, que realza la grandeza y el heroísmo hispanos en la conquista del continente americano, se opone el relato de lo incomparable y lo heterogéneo. A la pureza se enfrenta la contaminación. Colón es, como en casi todas las novelas previas, un experto navegante judío, portugués por más señas, y su tripulación, una babel indescriptible, no sólo debe enfrentar el problema de cómo entenderse con los habitantes del mundo encontrado, sino, primero, el de intentar comunicarse entre sí. Ese micromundo, con su amalgama de razas y culturas, prefigura el crisol americano y sugiere, también, la "impureza"

de España y su semejanza con los pueblos recién conquistados.³

El juego de espejos que enfrenta las imágenes encontradas de España y América se prolonga infinitamente en la mutua impostura. Ambos espacios reflejan al otro, aun cuando ni siquiera sus respectivas existencias son verificables. Emparentado con ciertos motivos borgianos —en especial el de la duplicación— este movimiento especular confunde las realidades de uno y otro lado del océano para dar paso a una realidad imaginada que iguala y contiene los dos espacios.

La "Última pronosticatio" de Ahasverus, que cierra el libro, funciona como una especie de conclusión sobre el origen y el futuro de esas realidades hermanas:

Sonó con un hombre que soñaba. En su sueño ese hombre se hacía una pregunta: ¿Y si todo no fuera más que la fiebre o el delirio de un ser imaginado que vive a solas en el arrecife, más allá del océano?

En el sueño de Ahasverus el hombre imaginado imagina un punto de la tierra, del otro lado del mar, al que llama Euro-

¹ Vuelta, México, 1991. Todas las citas se refieren a esta edición; el número de página se consignará entre paréntesis.

² Aurelio Asiain, en la nota de contraportada.

³ Con harta frecuencia, en las novelas que integran este ciclo, los encargados de labrar la gloria de la España católica son judíos (aquí, como veremos, hay mucho más). En aquel contexto ideológico, "la necesidad de la acción conquistadora no se cuestionaba; su justificación era inherente al espíritu cristiano que la definía primordialmente como un movimiento de propagación de la fe. La consecuencia necesaria de esta formulación fue la definición del papel del conquistador cristiano como elegido de Dios, con una obligación fundamental que sería la de la subordinación de las nuevas culturas a la cristiano-occidental, representada por los reyes de España, con todo lo que esa sujeción implicaba en términos económicos y políticos". Beatriz Pastor, *Discurso narrativo de la conquista de América*, Casa de las Américas, La Habana, 1983, p. 38. En el terreno de la ficción, los autores latinoamericanos pretenden subvertir esa predestinación impugnando la existencia misma de un "conquistador cristiano". Hacer de Colón —figura paradigmática de la conquista y evangelización del continente— un judío, converso o no, cuando, como se sabe, la expulsión de moros y judíos propició el marco histórico e ideológico de su empresa, implica el cuestionamiento profundo de la acción colonizadora.

pa, donde hay hombres que imaginan el arrecife y, en el centro del arrecife, el hombre imaginario que imagina (191).

Este motivo, fundamental para la comprensión del texto, se repite además en el episodio del Almirante con la pollera. Frutos tardíos de la imaginación de un don Alonso Bejarano —una evidente referencia a don Quijote—, los personajes femeninos que rodean al Almirante a su regreso del viaje al continente desconocido sólo pueden condenarlo ante la Inquisición.

El travestismo de la historia inunda los procedimientos del lenguaje. El Etiope, nacido en la obra negra de la Marifortuna, pasa a ser un naonato; el navegante, un naviculario; y el boticario, un apotecario. Las alusiones a la cultura clásica se completan con la reformulación —irónica, por supuesto— de ciertos mitos. Es así como la caja de Pandora es “una caja que no se debe abrir porque encierra toda la zozobra del mundo” (47); el desconocido territorio de Méshiqo es Mágiqo, y Lutero se convierte, por obra y gracia del carácter multicultural del discurso novelesco, en Lautharo, el héroe araucano.

De hecho, la propuesta de reescritura de la historia canónica se identifica con la suplantación engañosa. La huella del conejo a que alude el título remite directamente a la noción de falsedad. De Ahasverus se dice en algún momento que “desapareció como un conejo, sin dejar huella” (96) y el viejo refrán sobre quien pasa “gato por liebre” se convierte en obligada referencia para el fragmento siguiente: “En polaco las Áfricas occidentales eran [...] las historias de los gatos que restauraban a los viajeros en las ventas, como si de conejos se tratara” (40). Como se ve, la existencia de la metrópoli española, del continente y de su pretendido descubrimiento no son más que una colosal tomadura de pelo.

El humor y sus diversas manifestaciones ganan terreno a medida que se avanza en la historia. La burla de la corte virreinal es ejemplar: “Todos los cortesanos, así adularan al visorrey o desearan su muerte, eran señores de título, caballeros de hábito, gente noble y poderosa que violaba mujeres y reglamentos. Méshiqo era entonces una metrópoli sin par” (182). La inversión es doble. La grandilocuencia del tono se contradice con la realidad descrita. Y para aumentar la ironía del fragmento, Méshiqo no es sino una metrópoli única.⁴ La escritura, entonces, además de subrayar una versión ajena a la historia canónica, emplea un lenguaje aparentemente demencial, que reproduce en el ámbito textual la locura que implicó la conquista misma. Los elementos de este trastocado sistema de referencias aumentan de manera continua. El lazarillo, en un contrasentido inigualable, es ciego; el arcipreste, por su parte, es un hombre de poca fe. Pero eso no basta para que sean personajes adecuados en la maraña de absurdos que puebla las páginas de *La huella del conejo*. En una escena memorable,

ese lazarillo ciego descubre un pez sierra y el impío arcipreste lo obliga a orar.

Ciertos anacronismos de sentido enriquecen la narración. Al decidirse a entregar la gloria de su hallazgo a Fernando e Isabel, majestades de las “Áfricas Occidentales”, el Almirante se regocija imaginando que

los legítimos habitantes de las Áfricas Occidentales podrán creer en lo sucesivo que son tan europeos como los galos, los anglos y los germanos y, por lo mismo, vociferar sin recato alguno:

—¡Ahora ya somos europeos! (40).

La semejanza de este hecho con la realidad actual de las relaciones entre España y América, condicionadas en buena medida por la entrada de la antigua metrópoli a la Comunidad Económica Europea, es evidente. Al establecer esta relación, el texto profundiza también en un tema que ya ha sido tratado con anterioridad: el mestizaje existente en la propia península.

A diferencia de otras novelas que, explícitamente o no, abordan el tema desde dentro de la cultura hispanoamericana, ésta se sitúa al margen de todo compromiso cultural unívoco. Su discurso incorpora tanto la herencia española como americana e incluye, además, elementos de culturas como la hebrea y la árabe. Leídas de otro modo, estas inclusiones apuntarían también a diseñar una España impura y mestiza.

El rechazo al discurso canónico sobre la conquista de América no va a estar aquí, a diferencia de otras de las novelas del ciclo, indicado de manera explícita. La historia que leemos es un compendio de textos varios, de autores múltiples y con distintas preocupaciones. Los cronistas del hecho parecen multiplicarse al mismo ritmo que las versiones que coexisten. Así, participarán en la escritura de la historia personajes tan poco aprehensibles como Diego, Cadamosto, el Almirante y hasta el desconocido autor de un documento apócrifo.⁵ Para terminar, contagiados ya con esa manía por la escritura, “los veteranos de la aventura se entregan con pasión y denuedo a la tarea de relatar sus experiencias desde puntos de vista tan personales que no pocas veces dan la impresión de contradecirse” (184). Estas versiones encontradas, las cuales —según acota el narrador irónicamente— sólo “dan la impresión” de estar en desacuerdo, se complementan con variantes inimaginables en la escritura de la historia, que comenzará siendo un compromiso con la verdad para terminar siendo una posibilidad de creación y entretenimiento. El desacuerdo sugiere el enfrentamiento, en principio, de al menos dos modos diversos de percepción de esa realidad que se pretende describir. Uno de los posibles narradores de la historia para la posteridad, Diego, tiene una experiencia singular: “Cada vez que incendiaba los testimonios escritos sobre el pasado de

⁴ La subversión de la historia alcanza también las estructuras del poder colonial. México, de colonia, pasa a ser metrópoli en un discurso ficticio que todo lo invierte.

⁵ El contrasentido es ejemplar para entender los procedimientos narrativos de Julián Meza. Evidentemente, si el autor es desconocido, no se puede saber si el texto es o no apócrifo.

Jascoyne daba rienda suelta a su imaginación: escribir la verdadera historia de la conquista del Cetáceo" (176). Sin pretensiones exhibicionistas, el autor pone el dedo en la llaga, si bien de una manera muy sutil. La historia de los primeros habitantes ha sido borrada y debe ser reescrita. Quien la escribe tiene la posibilidad de hacerla pasar como *verdadera*, y ése es un beneficio del que sólo los vencedores pueden disfrutar. En otro momento, muy al principio del encuentro con el continente-ballena, tuvo lugar la suplantación de la historia por la imaginación:

Cadamosto ensayaba varias y muy diferentes versiones de sus particulares hallazgos en la pequeña ballena. El comendador era un industrioso cagatintas que le enmendaba la plana.

Pese a esta labor de zapa, Cadamosto se empeñaba en contar hechos verídicos. Luego se hizo a la escuela del comendador: fue seducido por la voluntad de cambiar los acontecimientos por las palabras. Pero lo verdaderamente grave sólo ocurrió más tarde: cuando las palabras se volvieron realidad y desaparecieron los hechos.

Al final, el veedor ya no recordaba nada que ciertamente hubiera ocurrido, si jamás algo verdaderamente ocurrió, pues bien puede ser que todo haya sido ensoñación de vago bucólico, de pastor de ovejas que nunca salió del Pirineo (54).

En este fragmento se concentran los motivos recurrentes que podríamos considerar definitorios para la comprensión global de la novela. Por un lado, está la idea de la suplantación de la realidad por la imaginación mediante la escritura de crónicas y cartas; por el otro, la inquietante duda de que Jascoyne, sus habitantes, su historia y los aventureros que a ella llegaron fueran nada menos que fruto de la ficción de una mente lejana, idea que nos remite directamente a la pronosticatio de Ahasverus.

América, Jascoyne o como se le llame es, pues, un espacio de cruzamiento de imágenes y versiones de la historia totalmente ajenas entre sí y, al mismo tiempo, el espacio que hace posible la comunicación entre los hombres a través de la imaginación. En última instancia, es el lugar ideal de la convivencia sin fronteras y la laxitud total. Creada por una mente europea, es también alimento de la creatividad y, si tomamos en cuenta a Ahasverus, simiente imaginativa de la existencia de aquélla, en un proceso de inversión que desarma el modelo eurocéntrico. Está dicha, pues, la intrincada red de relaciones que establecen ambos continentes.

La huella del conejo no remite a la crítica abierta y desmesurada que puede advertirse, por ejemplo, en *Maluco; la novela de los descubridores*, sino que su oposición al discurso histórico —en verdad, un discurso histriónico— aparece velada por las múltiples referencias culturales que dan vida a una maraña textual que divierte y confunde a sus lectores. Su tono ensayístico, que participa también de la crítica literaria —véanse las apreciaciones del narrador sobre los textos del Almirante (58-61)—, parece restar elementos de ficción al

libro y, sin embargo, es en ese tono donde reside buena parte de la fuerza del mismo. El contraste que se establece entre el tono erudito del texto y la vacuidad ridícula de muchos de los hechos que narra consigue una reacción de duda perpetua mucho más entrañable que si la novela se presentara a sí misma como un texto humorístico.

La irreverencia de la narración, sólo aparentemente científica, se constata además en la burla permanente de la historia de los "vencidos"; los americanos son descendientes directos de los primeros expedicionarios europeos que, a su vez, eran en buena parte descendientes de africanos. De ese modo, queda clausurada la discusión sobre la superioridad de una u otra raza, impugnando así el discurso colonialista que se sustenta precisamente en bases tan dudosas como el racismo. La caída de Tenochtitlan, uno de los momentos de la conquista de América más recordados por la historiografía oficial, es también ridiculizada con una economía de recursos sorprendente. Luego de narrar el combate entre los partidarios de uno y otro bandos, el narrador concluye, con la aparente grandilocuencia que lo caracteriza: "Y así calló Tenoshtitla. Y los vencedores se alzaron en una confusión de voces que todavía no cesa" (129). El chiste ingenioso cobra entonces la fuerza de una denuncia. El Etiope (que ya ha adoptado el nombre de Qa-Temoshin y que es, por alguna razón secreta, idéntico al emperador Carlos, su oponente) ha decidido callar "aun cuando sea un príncipe alemán el que quiera imponerme la glosolalia" (128-129). La *glosolalia* impuesta por los conquistadores —asociable, por otra parte, a los significados del francés *gloser* (criticar) y *glousser* (reír por lo bajo), que la acercan a la historización festiva de *La huella...*— será el comienzo de la tradición historiográfica sobre la conquista, donde la abundancia de textos no ha contribuido en mucho al hallazgo provechoso para los habitantes del continente americano. El ejercicio desbordado de habilidad lingüística parece advertir sobre la imposibilidad de tomar en serio cualquier versión de la historia posible y, además, sobre la maleabilidad del lenguaje que nos comunica una u otra experiencia. La verdad histórica será suplantada concienzudamente por versiones múltiples, más convenientes que convincentes. Ni entonces ni ahora la información es veraz. De hecho, Diego, uno de los cronistas,

Siempre poseído por su incesante búsqueda de la verdad, al igual que muchos de sus numerosos descendientes borra, enmienda, corrige, censura en todas las páginas de su crónica cuantas palabras le parecen infames e infamantes [...]

Los descendientes de sus descendientes serán, gracias a Dios, veraces periodistas, honrados locutores, portavoces dignos de crédito (186).

Trasladando al presente los conflictos de escritura que debieron enfrentar los primeros cronistas, como la confusión y contaminación entre realidad e imaginación, el narrador clausura toda credibilidad para un discurso —ya sea históri-

co o literario— que establece sus propias normas y su propia medida de verdad. Como entonces, hoy se está a merced de esos “portavoces” cuyo amor congénito por la invención cancela toda posible confiabilidad.

La invención de América adquiere en el texto dimensiones colosales. Obligada por las circunstancias a aceptar como suya una historia siempre escrita por los otros, ignorantes de su realidad, la Ballena tiene un pasado que no le pertenece. Ni siquiera su existencia es comprobable. El autor del libro apócrifo —como el propio Meza— provoca la duda permanente frente a las diferentes versiones de la formación del Cetáceo y sus habitantes. Como el autor real, el del libro apócrifo desdeña incluso la credibilidad de su propio discurso. Metidos en esa historia que no es la suya, los habitantes de la Ballena llevan una vida poco menos que fantasmal:

¿Cuánto tiempo durará la mentira —se pregunta Ahasverus, al final de esta etapa se su vida— de que hay tierra al occidente de Europa? ¿Algún día serán realidad los miríficos territorios indistintamente llamados la Ballena, el Cetáceo, Jascoyne o Behemot? ¿Cuánto tiempo prevalecerá el engaño? (190).

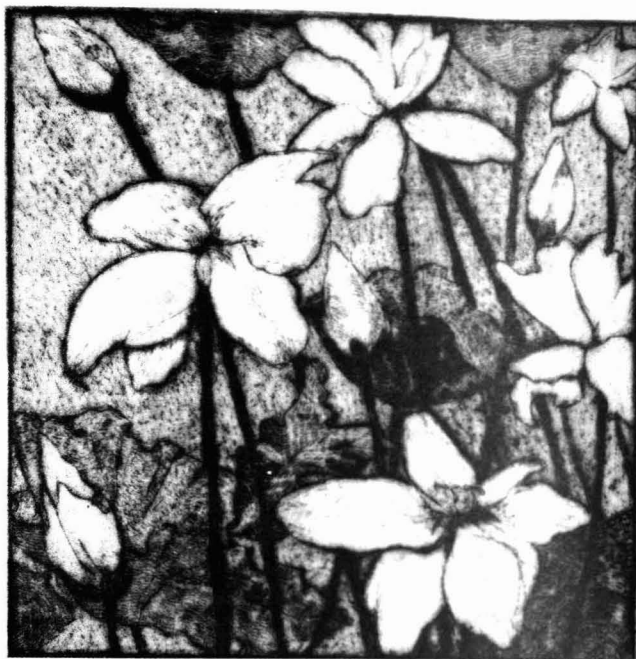
Reflejo especular de las esperanzas y fantasías europeas, América no ha sido explicada desde su experiencia sino desde las ajenas. ¿Hasta cuándo? Julián Meza hace la pregunta, aun cuando sepa que la respuesta tardará en llegar.

La primera de las múltiples expediciones que el texto registra, comandada por el Almirante, contaba con una tripulación singular, compuesta, entre otros, por

Catalina de Erauso; un florentino que se hacía llamar Toscanelli; el marino Pinzón; Gonzalo Guerrero, galopín; el honorable señor don Jerónimo de Aguilar de las Casas Grandes de Rojas de Céspedes y Ceijas, conde de Sierra Pelada y duque de Cabrales; don Amadís de la Mancha, ganapán dado al juego de palabras sorotápticas y empecinado lector que llevaba en su equipaje un manuscrito de *Tirant lo Blanc*; Feu Nasier Alcofrybas, nacido en La Devinierie en 1476; el rabí Sem Tob de Carrión; Ahasverus, más tarde llamado también Isaac Laquedem, poseedor del don de la ubicuidad y compañero de Eulenspiegel, y el Almirante, que era lusitano (15-19).

Como se ve, quienes parten a la búsqueda del mundo que luego fundarán son representantes de las más diversas culturas. Ahasverus (también llamado Ashavero), el judío errante, comparte el espacio de la nave con Nasier Alcofrybas (anagrama de Alcofribas Nasier, que lo es a su vez de François Rabelais).⁶ Por si fuera poco, y como para que nadie quede fuera, está también Catalina de Erauso, la monja alférez, junto a don Amadís de la Mancha, en cuyo nombre se conjugan la tradición caballeresca y su parodia. Resumen de la mejor herencia

⁶ Recuérdese que Rabelais le adjudica al tal Alcofribas Nasier la autoría de *Gargantúa y Pantagruel*.



literaria española será el nombre de otro de los personajes: don Miguel de la Vega y Cascote⁷ reúne los nombres de Cervantes, Lope y Góngora, aunque este último sólo aparezca sonoramente sugerido. Otra vertiente de la tradición peninsular embarca en las figuras de un “un lazarillo segoviano, ciego” y “un salmantino, buscón”, que recuerdan a Lázaro y a Pablos. Además de muchos guiños textuales, éstos son, por así decirlo, el preámbulo de un relato universalizador que se instaura a partir de las múltiples referencias intertextuales de *La huella del conejo*.

La fusión de nombres y personajes, que termina por indefinirlos, es un procedimiento que se repetirá durante toda la novela.⁸ La indeterminación parece ser la única certeza del narrador. El lugar a donde llegan los personajes, luego de una larga travesía, recibe diferentes nombres; es “la Ballena, el Cetáceo, Jascoyne o Behemot” (190); el sitio donde se hace y se escribe una historia cuya veracidad es ciertamente improbable.⁹ De esa indefinición participan también los personajes. El emperador Carlos es el dúplice, el mellizo, el anfibio,

⁷ Para colmo, el extraño personaje se define como “un poeta lírico fascinado por el ejercicio de las armas” (166).

⁸ Caso curioso es, sin duda, la analogía que identifica a Lutero con Lautharo, personaje al que se le atribuye, para complicarlo todo aún más, una conocida frase de Atahualpa, adulterada, por supuesto: “Seguramente el papa Alejandro estaba borracho cuando le dio a los católicos beltranejos lo que no era suyo, y el emperador Carlos debe estar loco al dar y recibir lo que es de otros” (121). El proceso de contaminación es fácilmente verificable cuando se compara esta frase con la “original”: “Obedecer a ese que llamáis papa no me está bien, puesto que da lo que es mío y no suyo”.

⁹ Behemot es, en el Antiguo Testamento, el nombre del animal que enfrenta a Leviatán, representación de los enemigos del pueblo de Israel. Behemot suele ser identificado como hipopótamo, mientras Leviatán se representa como serpiente, cocodrilo o ballena. Curiosamente, la contaminación, procedimiento habitual del novelista, confunde esta vez dos términos (Behemot-la Ballena) absolutamente opuestos, lo que acentúa la ambigüedad del texto.

el doble, etcétera, y el territorio gobernado por el Etiope será "Pirú, Ofir o Cundinamarca" (172). La imprecisión nominal —y ya se sabe que el nombre puede ser un atributo de la identidad— es el rasgo que caracterizará y definirá la historia narrada; la disyunción gramatical, presente en este ejemplo, se adueñará de toda la novela. La historia de América, parece decir el texto, puede ser ésta o aquella otra y quien la escribe también es un personaje variable: un cronista, el otro o el autor apócrifo. Para acentuar la paridad, el uso de la disyunción es insuperable. En igualdad de condiciones, todas las versiones y todos los nombres pueden ser usados indistintamente, sin conceder supremacía a ninguno.

La historia del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, parece comprobarse aquí, no es más que una estafa mayúscula y, para empezar, el Nuevo Mundo no es más que la permutación territorial de los habitantes del viejo. La sensible ausencia de una cultura americana previa apoya, en el texto, esta idea. Según parece, Julián Meza no busca establecer relaciones conflictivas entre una y otra raíces de la cultura hispanoamericana. De hecho, su propio estilo narrativo está más cerca de Borges que de Yáñez, Rulfo, o cualquier otro narrador mexicano (con excepción, tal vez, del Fuentes más lúdico). Silenciando la tradición indígena no hace más que repetir el ciclo que la historia oficial ya ha cerrado. A fin de cuentas, también nuestra literatura —al menos la que se reconoce como canónica— participa mucho más de la tradición hispana que de la indígena. En el reconocimiento de esa herencia se insertan, cada una a su manera, las novelas integrantes del ciclo cuestionador de la conquista en Latinoamérica.

Esa indefinición se advierte también en el modo en que, al comienzo de la narración, se registra el primer encuentro con la Ballena. El malentendido inicial será integrado a diversas variantes temporales:

Es el año 1803 de la era seléucida. También es el año 5459 en el viejo calendario de la creación. En el nuevo calendario gregoriano es el amanecer del 12 de octubre de 1492. Ajuicio de la posteridad, el Almirante ha descubierto un nuevo mundo (11).

Volviendo al título, recordemos que, en cierto momento, Ahasverus "desapareció como un conejo, sin dejar huella" (96). La huella del conejo es, pues, inexistente. Ésa es la única realidad de la inasible historia americana; la novela no sólo enfrenta diversas versiones de sucesos comunes, sino también niega la posibilidad de creerlas. Inaprensible como una huella que no existe, la historia se construye mucho más con la materia de la imaginación que con la realidad. De hecho, Jascoyne es un espacio creado por la imaginación europea, al punto de que, en esclarecedora reflexión, Ahasverus, lúcido testigo del presente y el porvenir, sugiere:

Los europeos llevaban muchos siglos buscando Behemot y lo más natural ha sido que lo encuentren. De no haberlo hallado lo habrían inventado, como en realidad ha ocurrido. Lo triste

y aun lo grave es que, en el fondo, muchos de ellos no querían encontrarlo [...]

Behemot será desde hoy una palabra reveladora de la magia de la aventura marítima europea, de la atracción por lo desconocido, del embrujo que ejerce lo ignoto en la fantasía mediterránea. La vista de Behemot ha puesto fin al encantamiento, ha hecho públicos los secretos, ha reorientado la búsqueda del tesoro [...]

Pero hay una paradoja: los tesoros de Behemot están escondidos en Europa (42-43).

Con esta última acotación, el personaje conduce su reflexión —y la nuestra— al presente estado de los "tesoros" americanos y a las desiguales relaciones entre ambos continentes. Irrecuperable como las riquezas sustraídas por la ambición colonizadora, la historia de América no puede abordarse ya desde una perspectiva simplificadora. La invención de América, que en el texto —como aventura filosófica que es— se eleva a la categoría de verdad, aparece certificada también por la invención del indio, necesaria para contrarrestar la insignificancia del "descubrimiento". La colosal impostura que transforma a la Ballena en continente se confirma luego con la conversión del cipayo en "indio o atlante de Meropia" (38). La suplantación de la verdad por la mentira (a la que alude la presencia numerosa de sustantivos tales como farsa, embuste, estafa, etcétera) se consuma desde el primer momento. No existe el continente, ni los indios, y ni siquiera es cierto que los primeros colonnautas navegaran a la sombra de la bandera de los Reyes Católicos, como hacer suponer la decisión final del Almirante, quien, no hay que olvidarlo, era lusitano.

La discusión de la historia escrita sobre la conquista alcanza aquí dimensiones insospechadas. No se trata de contradecir un discurso específico —como sucedía con la biografía de Colón en *El arpa y la sombra*— o de conseguir un relato unificador, en lo posible, de tradiciones varias —como en *Los perros del paraíso*—, sino de escribir *otra* historia, que no toma en cuenta los elementos de la historiografía previa. A fin de cuentas, en la novela nunca se precisa dónde está Behemot (si bien se sugiere que al occidente de Europa), cuál era el nombre del Almirante (aunque el narrador se refiere a los primeros conquistadores como colonnautas), ni en qué idioma se entendían los tripulantes. Integrador como esa lengua en que se entreveran el castellano, el hebreo, el náhuatl y el francés, resulta el relato de esa farsa magnífica que fue el llamado descubrimiento de América.

La tripulación, como ya se ha visto, compuesta por los más disímiles personajes de la historia y de la ficción, resulta lo más lejana posible de los ideales de pureza de la gloriosa España que en 1492 arrojó de su suelo a judíos y árabes y descubrió un nuevo continente. La gloria de España queda disminuida con la adjudicación de la máxima sabiduría a los tres peregrinos de la historia: Abentofaíl, Haleví y Ahasverus. Ellos resumen los sucesos y la sabiduría humana —no hay que olvidar que Ahasverus, testigo perenne del devenir de la huma-

nidad, es uno de los posibles narradores de la novela— pero, curiosamente, son personajes pertenecientes a circuitos culturales ajenos en apariencia a la España de los conquistadores. Ahasverus, el judío que negó un lugar de descanso a Cristo y fue condenado a vagar eternamente; Abentofaíl (Ibn Tufayl), filósofo árabe y maestro de Averroes —baluarte, entonces, de la tradición hispanoárabe que los católicos pretendían escamotear— y, por último, Haleví (Yeuda ben Samuel Halevy), autor de diálogos filosóficos y poemas en árabe y hebreo. Los tres peregrinos, testigos y comentaristas de la historia del Cetáceo, participan también, como casi todos los personajes y los hechos narrados, y como el libro mismo en relación con otros, de cierta contaminación mutua. Del mismo modo, las pronosticatio que luego serán atribuidas a Ahasverus, ya han sido escritas por Alcofrybas. La indicación del narrador no carece de ironía; como si hablara de algo poco relevante, informa que Alcofrybas escribe las diez pronosticatio “a manera de mero ejercicio literario” (53). La banalidad contradice, sin embargo, la importancia de éstas como elementos estructuradores de la narración, pero pone en juego otro elemento de juicio acerca de la historia americana: el préstamo o plagio de ciertos documentos previos cuya huella es fácilmente constatable en la temprana historiografía continental.

El mestizaje cultural y racial de la España conquistadora aparece en otras señales de la narración. Además de los tres peregrinos, testigos de la historia de ambos continentes, la etiope, el católico irlandés y la doncella georgiana comparten el espacio de esa otra nave de los locos que zarpa sin destino preciso en el primer capítulo y cuyos tripulantes serán los primeros miembros de la futura humanidad continental. De hecho, la diversidad racial y cultural de los navegantes, así como la estafa que convierte al cipayo en indio, clausuran cualquier pretensión de objetividad. La historia misma, amalgamada febrilmente en el texto, se presenta como el discurso de lo falso, lo discutible y lo refutable. Por eso he sugerido que el libro es la historia de una perversión, de un fraude colosal cuyas consecuencias todavía sentimos. De ahí el reproche a la España que se siente europea. En el texto, España es siempre las “Áfricas Occidentales”, denominación que, puesta en ese contexto, termina siendo el testimonio de una fuerte diatriba contra todo “descabellado propósito de encadenar las almas a una voluntad integrista sin demasiado porvenir” (171). La discusión con la historia oficial es la estrategia de la novela y también su estilo; ella enriquece nuestra visión del pasado al tiempo que clausura toda posible percepción de la propia identidad como algo aislado de la cultura universal. La subversión es aquí la sustancia de la ficción. El cronista Pigaffeta convertido en gigante patagón; Calibán y Próspero en versiones libres —liberadas de todo comedimiento respetuoso de la tradición— son presencias de fondo que aportan a la narración una singular riqueza.

Entre los elementos comunes al ciclo de novelas sobre la conquista está la recurrencia al secreto. Confidenciales son, por ejemplo, las peripecias del Almirante en *El arpa y la*

sombra y el informe que Juanillo Ponce envía al emperador en *Maluco...* Para guardar un secreto habrá que negar cierto conocimiento; habrá, por tanto, que mentir. En *La huella del conejo*, sin embargo, el secreto no existe: no hay ningún saber cierto, hay que dudar de todas las versiones que ofrece la historia. El secreto nos lleva a la mentira, el signo ideológico más frecuente en los relatos del ciclo. En ellos, personajes y narradores mienten todo el tiempo, hasta llegar a la situación límite de esta novela de Meza. La certeza de que no hay verdad posible en un discurso en que historia y ficción son inseparables estructura la mayoría de los textos. En general, los autores hispanoamericanos no se han planteado la suplantación de una historia por otra, sino la negación total de aquella primera versión y la duda constante frente a cualquier relato. Aunque la crítica insista en evocar el —ciertamente endeble— carácter contestatario de las crónicas como el punto de partida para esta actitud en los autores contemporáneos,¹⁰ la naturaleza de la revisión de la historia es bien distinta de la que ostentaban las primera crónicas. Si éstas pretendían afirmar la grandeza de España y su empresa conquistadora, ellos desautorizan las versiones triunfales de la historiografía tradicional.

Como muchos autores latinoamericanos anteriores, que han visto en la recuperación de la historia propia una suerte de redención, estas novelas intentan recuperar la identidad proscribiendo de múltiples maneras la historia continental. Para ello, incorporan los modelos literarios que mejor suerte han corrido en nuestra cultura, y ese vínculo con la literatura universal —que en *La huella del conejo* llega a ser delirante— integra a estos libros una buena parte de elementos de la cultura peninsular, en especial aquellos que el tono elevado de las crónicas parecería rechazar, como la picaresca. Ese reciclaje estilístico trae aparejada una cierta renovación ideológica que se sirve, a menudo, de estrategias humorísticas para llevar a cabo el proceso desestructurador de la visión colonizadora por largo tiempo impuesta. La palabrería incontrolable que se adueña del continente —y de su historia— en *La huella del conejo* simboliza el inacabado diálogo de sordos entre las diferentes versiones registradas. Con una visión aparentemente ingenua, Julián Meza hace su contribución a la estrategia descolonizadora desatada por una reescritura inteligente de la historia. ♦

¹⁰ “Ya las primeras crónicas inauguraron una actitud de fuerte permanencia en nuestras letras —casi nunca desligadas de lo histórico—: la de revisión y enmienda de textos precedentes. Hoy la novela continúa aquel propósito complementario de la historiografía y en esto consiste su ‘referencialidad’: no en la narración de los acontecimientos tal y como están documentados sino en una utilización creativa de los mismos para reinterpretar el sentido de la historia. Y esto buscando, pragmáticamente, una verdad identificatoria, fundadora del propio ‘estar-en-el-mundo’ e impulsora de los pasos futuros”. Alicia Chibán, “*El arpa y la sombra*”, desocultamiento y visión integradora de la historia”, en *La historia en la literatura iberoamericana. Memorias del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, edición, compilación y prólogo de Raquel Chang Rodríguez y Gabriela de Beer, The City College of the City University of New York/Ediciones del Norte, 1989, p. 118.